



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

EL INFORMADOR RELIGIOSO ANTE LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD

Juan Cantavella

Resumen

Los informadores religiosos dedican su atención a una parcela de la actualidad que se halla especialmente enmarcada en las actividades de la Iglesia católica y las tomas de postura de los mandatarios eclesiásticos. Estos informadores perciben que la condición trascendente de aquella y su organización fuertemente jerárquica la hacen situarse en un terreno elevado y distante, escasamente propicio a recibir las demandas de los informadores, pues no son proclives a mostrar sus intimidades y a exponer en cada momento su pensamiento con un lenguaje sencillo. Asimismo lamentan la recurrencia constante al secretismo y el retraerse cuando se presentan los conflictos. Estas actitudes poco abiertas sorprenden a los que conocen de qué forma la Iglesia ha recalcado el valor de los medios de comunicación social, el papel de la opinión pública en su seno y la necesidad de contar con los profesionales para difundir su mensaje. Los obispos más conscientes de este problema saben que tales prejuicios deben ser superados y que sería útil aprovechar el altavoz que ofrecen los medios para dar a conocer la doctrina evangélica, que ya invitaba a pregonar desde las azoteas lo que se cuchicheaba al oído (Mt. 10, 27).

¿Tiene la información religiosa, en los periódicos y en los medios audiovisuales, unas características propias, unas obligaciones y unos deberes diferentes, unas dificultades especiales? ¿O nos encontramos, tal vez, con una parcela más, dentro de las múltiples en que se articula el conjunto de la oferta informativa, con la única diferencia de disponer de unas fuentes muy concretas, ligadas en gran parte a la jerarquía eclesiástica católica?

Delimitemos en primer lugar el campo del estudio. Estamos hablando de información y opinión en medios generalistas y también en publicaciones que, aun dependiendo de organizaciones eclesiales, no actúan como portavoces oficiales de la Iglesia. No incluimos en este capítulo a las revistas doctrinales, donde se expone el criterio de los firmantes en materias teológicas o en lo referente al análisis de la realidad desde una perspectiva religiosa, en gran parte fruto del estudio y la reflexión de teólogos o expertos en cualquiera de las materias que con ellos se relacionan. Nos estamos refiriendo genéricamente a España y a la Iglesia católica.

Hay que partir de un hecho que admite escasa controversia: que la Iglesia española ha mantenido históricamente unas relaciones difíciles con la prensa. Cuando surge el fenómeno de la divulgación masiva de los periódicos, la Iglesia se vio sorprendida por la enorme influencia que alcanza y le cuesta reaccionar con apertura de mente ante la nueva situación, porque inmediatamente salta a la vista que aquellos a quienes considera enemigos cuentan con medios y los

están utilizando para hacerle daño. Hay una cierta lógica en ese ponerse a la defensiva, porque es la reacción que se adopta cuando alguien es pillado desprevenido y se siente herido por la acción de los contrarios¹.

“A pesar de ser testigo del beneficio que otras ideologías estaban obteniendo con su utilización de la prensa, la Iglesia española (en consonancia con ciertas directrices pontificias) se colocó a veces en una posición distanciada, cuando no beligerante, respecto a ese fenómeno nuevo que estaba calando hondo y se hallaba cada vez más asentado en nuestra sociedad”, hemos escrito en otro lugar². A ello podríamos añadir nuestro resumen sobre la actuación católica en la prensa un siglo atrás: “La tosca presencia que proyectaban, con muchas publicaciones, pero de escasa talla, difusión escasa, gran dispersión y presentación poco profesional; la rigidez con que contemplaban a la gran prensa, cuya neutralidad no les resultaba soportable, incapaces de introducirse en ella para ofrecer desde allí una visión cristiana de la realidad...”

Ha pasado mucho tiempo desde entonces, pero lo que querríamos saber es hasta qué punto la situación ha cambiado, si la Iglesia es más permeable al fenómeno de la información por una parte y si los periodistas que se hallan volcados en este sector han superado las carencias de otras épocas, encuentran el suficiente apoyo y se mueven con la libertad adecuada para llevar a cabo su trabajo.

Vamos a empezar por señalar a grandes rasgos los defectos en que solemos incurrir los periodistas cuando nos acercamos a la información religiosa o cuando decidimos lo que entra en esta sección: se le dedica poco espacio y marginal en la prensa y programas audiovisuales; se buscan temas espectaculares e impactantes, pasando por encima de la profundización en lo que son las actitudes de las gentes en este terreno; afán de destacar todo aquello que disuena y, por lo tanto, hay quien concede más audiencia a la minoría constituida por descontentos, críticos o contestatarios, ya que el seguimiento dócil de la mayoría no suele despertar demasiado interés; selección parcial de los documentos para atender a los que se prestan a la discusión o surgen de personajes convertidos en la Iglesia, aunque sean poco representativos (en todo caso, de ellos reproducimos pocas líneas, tomando lo que resulta más llamativo, con los titulares que inciden en la parte más escandalosa, no en la sensata); olvido de todo aquello que es habitual en la marcha de la Iglesia y de las explicaciones a las decisiones y tomas de postura; críticas poco documentadas a lo que se hace o se dice aparentemente, porque puede haber puntos más profundos o comportamientos más escondidos que no son tenidos en cuenta; hay quien parte de un cierto resentimiento por experiencias desagradables o incluso de una posición agresiva que persigue unos determinados fines o de una particular visión de Iglesia...³

Para algunos resulta difícil de comprender que algunos periódicos prescindan de estas informaciones o las enfoquen desde una postura muy particular, por no decir claramente contraria al sentir de la mayoría de los católicos; que redactores de determinados medios soslayen sistemáticamente lo que ellos juz-

gan importante para prestar atención tan sólo a lo exótico, desagradable, incluso lesivo para la Iglesia. Son cuestiones negativas que observamos con harta frecuencia, de las que naturalmente no nos gusta hablar a los periodistas, porque dicen poco de nuestra profesionalidad y de la actitud con que abordamos nuestro cometido, pero en cualquier caso no podemos omitir la responsabilidad que nos incumbe. Para Norberto Alcover, la Iglesia española aparece en los medios “de forma sesgada, oportunista, un tanto catastrofista y, sobre todo, desprovista de su dimensión trascendente que le es absolutamente connatural”⁴. Tal vez no es adecuado el punto de partida, pues “a todo periodista que trate asuntos religiosos se le debe exigir la misma objetividad, imparcialidad y rectitud de intención que cuando informa sobre otro asunto cualquiera de interés público”, afirma Niceto Blázquez⁵.

Mas, sin menospreciar esta parte que nos atañe tan directamente (y en ocasiones de forma tan negativa), debemos referirnos con detalle a lo que los informadores religiosos encuentran en su actividad diaria. Y todo ello lo abordamos con el ánimo de entrar por vías más razonables y manifiestamente mejorables, porque la queja entre quienes cubren esta parcela son muy frecuentes y a veces amargas. No sé si les llegarán a los involucrados –me resisto a creer que no lo sepan–, pero el hecho es que la situación no cambia de una forma apreciable. Y es una lástima, porque aunque no lo piensen, los primeros beneficiados iban a ser ellos y, consecuentemente, la Iglesia a la que representan. Algunos autores han puesto de relieve esta situación, como el mismo Blázquez, al presentar sugerencias “para superar la incomprensión actualmente existente en España y en otros muchos países entre la Jerarquía eclesiástica y los medios de comunicación social en general” (p. 310) y el teólogo González de Cardedal, para quien “el máximo problema de la conciencia cristiana y de la Iglesia en este momento es la comunicación consigo misma, la información sobre su vida y sus hechos, la transmisión de las directrices de sus dirigentes hasta cada una de las comunidades y conciencias” (algo que pasa lógicamente por los medios de comunicación).

1. UN CAMBIO QUE CUESTA

Hace más de treinta años, el obispo y periodista Antonio Montero aseguraba que “la Iglesia, en sus esferas jerárquicas e institucionales, va tomando nota de este imperativo histórico de informar, si bien una tradición más bien inclinada a la reserva o al secreto, imprime un ritmo sosegado al cambio de actitud. Se tropieza además demasiadas veces con el sensacionalismo o el desenfoco de la información religiosa, lo cual no contribuye, sino más bien al revés, a disipar desconfianzas”⁶. Creemos que la Iglesia católica no ha entrado nunca de forma decidida –y sigue sin hacerlo– a practicar la apertura diligente y sincera ante los informadores. Su condición trascendente y su organización fuertemente jerárquica le hacen situarse en un nivel escasamente propicio a mostrar sus intimidades y a exponer en cada momento su pensamiento, no a través de solemnes

declaraciones o meditados (y matizados) documentos, sino de vivas y rápidas respuestas en las consabidas ruedas de prensa, con la participación en los programas de los medios audiovisuales o poniéndose a disposición de los periodistas para responder a sus preguntas y atender a las demandas de datos. A una institución del peso y solidez de la Iglesia católica no se le puede pedir la ligereza del ciervo, pero tampoco es aceptable que se mueva con pesadez paquidérmica.

Pero, por otra parte, tampoco es que se quiera mantener fuera de las páginas y programas y sea partidaria de que se la ignore. Claramente prefieren, y en ocasiones exigen, su presencia en los medios (públicos y privados) para dar a conocer su mensaje y para que fieles o infieles tengan noticia de su doctrina y actividades. Sin embargo, su disposición parece detenerse ante todo aquello que no sea claramente propagandístico, como si sólo le interesaran los altavoces para sus discursos y únicamente estuvieran dispuestos a colaborar en aquello que les beneficia o cuyo contenido pueden controlar. Estamos hablando, claro está, en líneas generales, porque siempre se han producido casos de obispos y sacerdotes que han sabido comprender las peculiaridades de periódicos o emisoras y, consecuentes con ello, manifestaban un comportamiento abierto, bien dispuesto y accesible.

Los informadores perciben una recurrencia constante al secretismo, a esconder con excesiva frecuencia lo que debería hacerse público sin embages. El criterio debería ser poner a disposición del pueblo absolutamente todos los datos para que pueda formarse una opinión pública con la solidez necesaria. La instrucción pastoral *Comunión y progreso* ya se pronunció sobre este punto: "Cuando el estudio de una cuestión en la Iglesia exija secreto, deben observarse las normas generales que se siguen en la sociedad civil. Sin embargo, las riquezas espirituales de las que la misma Iglesia es signo, piden que las noticias que sobre sus programas y múltiple acción se difunden sean del todo íntegras, verdaderas y claras. Por ello cuando las autoridades religiosas no quieren o no pueden dar tales noticias, dan fácilmente ocasión más a la difusión de rumores perniciosos que al esclarecimiento de la verdad. Por tanto, el secreto se ha de restringir y limitar sólo a lo que exijan la fama y estima de las personas y los derechos de los individuos o de los grupos" (nº 121). Iribarren habla del secreto sacramental, profesional y el que impone la prudencia, pero "más allá, el secreto carece de justificación, especialmente si se da alguna de estas tres circunstancias: si los fieles tienen 'derecho a saber'; si son más las ventajas de la información que las del secreto (problema de prudencia del gobernante); o si el secreto resulta tan imposible como llevar agua en una cesta"⁷. Martín Descalzo afirma que "la norma de la Iglesia debe ser la información y la excepción la limitación de esta información, de modo que se extienda la información a todo lo posible y el secreto a sólo lo estrictamente necesario (...). En caso de duda prima la regla sobre la excepción, es decir, la información sobre el secreto; es la necesidad del secreto lo que ha de ser probado absolutamente"⁸. Es necesario transmitir siempre una sensación de transparencia en las actuaciones.

Tampoco se ha sabido salir al paso de la difusión de conflictos, ante los cuales se tiende a adoptar el comportamiento atribuido a las avestruces, como si el hecho de esconder la cabeza debajo de sus alas evitara que se hable de ellos. Alguien puede pensar que se callan con la esperanza de que escampe la tormenta. Pero los periodistas -y a estas alturas todos los ciudadanos- sabemos ya que esa táctica no soluciona nada, que el silencio de una parte no calla a la otra, que el rumor daña más que la noticia, que el bulo no hace sino engordar los efectos negativos de lo que sería aclarado con una información aséptica. La actitud que la sociedad espera de la jerarquía involucrada en conflictos es muy otra: abordar los problemas con decisión, sinceridad y abriéndose a la opinión pública con un reconocimiento de los errores y un cambio de los comportamientos cuando éstos son equivocados. "Algunos de los conflictos de opinión pública que han afectado a la Iglesia podrían haberse evitado con una información adecuada a tiempo, información que puede y debe consistir a veces en un testimonio autorizado -ha escrito Justino Sinova-. Para eso es preciso que los servicios de información estén alerta, ni más ni menos de lo que están los servicios de información de las grandes empresas, que se dedican a servir noticias pero también a aclarar conceptos, a responder a las demandas de los informadores y a facilitar el testimonio de las fuentes autorizadas"⁹.

En cualquier caso, nunca sobran las explicaciones razonables, porque al ser ofrecidas a lectores y espectadores puede ponerse de relieve la buena intención de las actuaciones y la parte de razón que acompaña a las decisiones tomadas. Todos nos podemos equivocar, pero es necesario que resplandezca la buena fe de la que se partía y el afán de hacer las cosas bien (aunque la realización se haya torcido por el camino), pero eso hay que explicarlo. Acontecimientos recientes y dolorosos en la vida de la Iglesia española no han contado con una explicación clara y abierta por parte de los pastores involucrados, lo que ha sembrado más dudas que certezas y ha dejado sin argumentos a quienes se sienten al lado de éstos.

2. NO ES FACIL

¿Es posible el cambio de actitudes y de hábitos? No es fácil, porque esta manera de actuar es antigua en el tiempo y arraigada en sus costumbres, porque representa mayor comodidad que no la de ponerse a disposición de quien demanda información (algo que suele producirse en todo momento, a deshora con frecuencia, y metiendo el dedo en llagas que duelen hondamente cuando son tocadas sin muchos miramientos)¹⁰. Pero algunos van comprendiendo que no hay más remedio que aceptar las cosas como son y no como nos gustaría que fueran.

También influye en esta evolución (positiva para los que creemos firmemente en el valor de la información sin barreras) el que las sociedades se hayan vuelto un tanto indiferentes a lo que antes creían con fe y seguían con enorme respeto¹¹. Así que en muchos lugares están notando que, si quieren aparecer en

los medios, no tienen más remedio que comportarse de la misma manera que el resto de las instituciones y grupos sociales que manifiestan idéntica voluntad: ponerse a disposición de los informadores y facilitarles su trabajo. Comporta riesgos, claro está, porque eso les obliga a una actuación diferente a la que tenían con anterioridad, no pueden cerrarse en banda cuando no les conviene, deben dejar de lado superioridades y prepotencias, no se puede ir en todo momento con tantos secretos y hay que olvidar el victimismo al que siempre se acoge quien se considera permanentemente maltratado. “La prensa no está a nuestro servicio –dice Eduardo T. Gil de Muro-. Somos nosotros los que tenemos que estar al servicio de la prensa. Somos nosotros los que no debemos permitir jamás que, por falta de información, se creen rumores sobre las cosas de la Iglesia. Somos nosotros los que más interesados debemos estar en publicar lo que ocurre en el Pueblo de Dios” (cf. nota 3, p. 208).

Debemos pensar que el cambio es necesario y alguien tiene que impulsarlo. Ya sabemos que se trata de hábitos seculares en la conducta y en la mentalidad de la jerarquía eclesiástica y no es fácil prescindir de tales “tics” al cabo de los tiempo. Pero algo habrá que hacer. Es curioso que al ser reelegido el cardenal arzobispo de Madrid, Antonio M. Rouco, para la presidencia de la Conferencia Episcopal Española confesara su voluntad de ser más permeable a las necesidades de los medios. ¡A dónde habrán llegado las quejas y los lamentos de los informadores para que al final se acepte ser más colaborador!¹² Veremos en qué se traduce todo ello.

En todo caso sorprende que no se produzca una mayor colaboración por parte de los representantes de la Iglesia católica cuando la mayor parte de los informadores son creyentes y mantienen posturas muy comprensivas respecto a lo que sucede en el seno de las instituciones. Sus escritos no surgen precisamente de un intento de desprestigiarla, hacerla de menos o magnificar los conflictos. Bien al contrario. Y, sin embargo, algunos de ellos pueden contar las heridas que las presiones indebidas les han producido, algo fuera de lugar y al margen de lo que cabe esperar de la actitud colaboradora que muestran¹³. A veces, parecen hacerles sentir que hay una cierta incompatibilidad entre la libertad de expresión y la adscripción espiritual a unas creencias.

Precisamente este es un punto de partida que los agnósticos no entienden y sobre el que manifiestan su disconformidad. Por ejemplo, Furio Colombo al ocuparse de esta parcela informativa¹⁴ señala que la noticia religiosa es presentada con una deformación de su sentido y su valor, porque los profesionales de involucran demasiado, pues su carácter religioso parece prevalecer sobre la capacidad crítica de distinguir lo aceptable de lo inaceptable. Lo explica gráficamente: “Sería como dar noticias deportivas desde el punto de vista de los futbolistas, noticias sobre la producción del acero exclusivamente desde dentro del mundo de los productores de acero” (p. 113). Habría que pensar si se prefiere poner esta información en manos de un periodista que se halla al margen de tales creencias (como en política no se entrega cada partido a un redactor afiliado, porque lo que se pretende es la independencia por encima de

todo), pero sería lo normal, porque de esta manera aseguraría a los lectores su capacidad crítica y de investigación, la no-intencionalidad inherente al trabajo periodístico cuando se ocupara de los temas de tal sección. El hecho de no sentirse a gusto sino con informadores creyentes y muy próximos a los planteamientos del ordinario no parece sino una minusvaloración de estas funciones, como no poner la información religiosa al mismo nivel que la política o económica¹⁵.

Estamos hablando de información y habría que aludir igualmente al capítulo de la opinión, tanto o más conflictivo que aquel. Algunos sectores de la Iglesia encuentran muy difícil de aceptar que pueda existir libertad de crítica a través de los medios, porque tienen imbuida la idea de que sólo el silencio y el sometimiento incondicional a la jerarquía es lo aceptable. Han sido educados en la sumisión y no son capaces de ver más lejos, mucho menos cuando los criticados son ellos. Y en esos casos lanzan sus dardos de mil maneras, por ejemplo, en forma de presiones a los superiores. Demasiado en un mundo en el que todas las organizaciones deben aguardar –algunas hasta lo agradecen– el que se produzca una colaboración crítica en este sentido.

Está clara y es contundente la doctrina de la Iglesia respecto a la necesidad de abrirse informativamente a los demás. Jesús Iribarren asegura que “para la Iglesia, dar hoy a ese hombre de la calle una información tan completa que le permita juzgar por sí y tomar decisiones es obligatorio” (1970, p. 9). No se pueden cribar los hechos para dejar fuera aquellos que no interesa divulgar: “Si el lector llegara a sospechar que el periódico le oculta piezas esenciales de la información, sólo o precisamente porque contradicen las ideas de los editores o inspiradores, el abandono de la lectura sería fulminante, bajo la acusación de deslealtad. Se pide que el periódico sea un espejo; pero un espejo lo refleja todo” (p. 7).

Documentos oficiales de la Iglesia recalcan el papel que la opinión pública puede desempeñar en su seno, pero una cosa son las declaraciones solemnes y otra la aceptación práctica en el transcurrir de los días¹⁶. Ya sabemos que no es lo mismo gobernar una comunidad madura, bien informada y con deseos de participar que aquella que declina sus responsabilidades en el mandatario para que tome las decisiones con absoluto descargo para el colectivo. Lo segundo puede resultar más cómodo, pero no es lo más provechoso para el bien común. Hay que contribuir a que el llamado Pueblo de Dios pueda salir de una perpetua infancia –que parece ser del gusto de algunos–, con el fin de que algún día, cuando más pronto mejor, lleguen sus componentes a comportarse como verdaderamente adultos. Para ello es necesario dar libertad y autonomía, informarles y escucharles. En algunas de estas cuestiones incide José Francisco Serrano cuando escribe: “La Iglesia es un cuerpo vivo; tiene necesidad de una opinión pública para alimentar el diálogo entre sus miembros. Los documentos magisteriales han insistido en que en la vida de la Iglesia se requiere una corriente constante de información entre la jerarquía y los fieles. Esta corriente debe ser recíproca. No se puede sostener, por más tiempo, que una serie de

informadores religiosos utilicen los medios públicos y privados, de propiedad ajena a la Iglesia y en los circuitos de la sociedad civil, para influir en la Iglesia, para crear entre los cristianos una especie de heteroidentidad. Se debe conectar el problema de la opinión, en un mundo que pide constante transparencia, con la apertura de las fuentes en la Iglesia”¹⁷.

Es evidente que si se quiere colocar la lámpara en lo más alto para que ilumine a todos los moradores de la casa, y no en lugar escondido donde muy pocos se aprovechan del esfuerzo (Mt. 5, 13-16), hay que contar con el foco que proyectan periódicos y emisoras. No se trata de abdicar de los grandes principios, ni trivializar el mensaje evangélico, ni buscar el espectáculo en el que han caído los “telepredicadores”, ni someterse al juego de los intereses de quienes manejan los grandes programas... Se trata de tomar conciencia de que los templos se están quedando pequeños para la fuerza que debe ser impulsada; que sin descuidar la predicación a los convencidos, es necesario salir a las plazas y caminos para hacerse oír y eso sólo es posible conseguirlo a través de esos modernos altavoces que se han instaurado en nuestra sociedad o los que pongan en marcha los cristianos con su propio esfuerzo y dinero¹⁸. No se puede ignorar el mandato divino que urge: “Lo que os digo de noche, decidlo en pleno día; y lo que escucháis al oído, pregonadlo desde la azotea” (Mt. 10, 27), ni la exclamación paulina “¡Pobre de mí si no anunciara el Evangelio!” (1 Cor. 9, 16). Está claro que limitarse a conservar lo que se tiene (menos de lo que creen quienes se dedican a aplicar la contabilidad de bautizos y entierros) es perder y, a la larga, perder muchísimo. “No debemos olvidar —dice José Francisco Serrano— que una Iglesia que no comunica no es Iglesia”¹⁹.

3. LO QUE FALTA

Iniciativas provechosas al margen, es mucho todavía lo que falta por hacer. Hay que dejar a un lado miedos y desconfianzas, para entrar decididamente en el camino que los tiempos marcan. Norberto Alcover (Cf. nota 4, pp. 14-15) presenta un par de sugerencias: una, relativa a la apertura informativa eclesial, una especie de “gabinete mediático especializado” al servicio de la Iglesia española, “con verdadera independencia a la hora de emitir comunicados tanto informativos como opinativos”; otra, una reforma de los medios propios existentes, que le parecen excesivos, reiterativos y desorganizados, y echa en falta “un semanario de inspiración cristiana, bien montado materialmente, pluralista en su orientación y cercano, muy cercano, a la vida de la gente de la calle, que se mueve en el filo de la navaja y deje de repetir lo que a nadie interesa y además fatiga al ciudadano medio” (ya hubo un proyecto que estuvo muy avanzado en su preparación al principio de los ochenta, pero el escaso interés de la mayoría de los obispos de aquellos años llevó a que sus promotores desistieran del intento). Alex del Rosal presenta un muestrario de errores que debe superar el periodista que se ocupa de estas cuestiones. Entre ellas figura el politizar la información religiosa, el clericalizar el mensaje del Evangelio, anunciar la moral

sin antes anunciar la fe y convertirse en funcionarios de la religión, entre otros²⁰.

Para contrastar nuestras personales apreciaciones con lo que piensan y sienten destacados informadores religiosos, del presente y del pasado, hemos solicitado que algunos de ellos respondieran a brevemente a dos preguntas relativas a estas cuestiones. Se ofrecen como apéndice al final de este trabajo y, para el que quiera sacar conclusiones, es evidente la mayoritaria crítica a una forma de llevar este tema que dista de ser la deseable. No queremos glosar sus respuestas, ni seleccionar párrafos, ni destacar algunos de los puntos señalados. Creemos que su testimonio es lo suficientemente meditado y contrastado con la experiencia para que sea examinado en bloque y extraídas las consecuencias que cada uno crea convenientes.

Con buena voluntad y preparación sobre el entorno mediático en el que nos movemos se podría avanzar considerablemente en este terreno. A veces no es cuestión de complejas estructuras, sino de acertar en el tono, en la disposición, en adelantarse a lo que en un momento dado les van a pedir. Nuestra propuesta se centraría en unos pocos puntos:

1.- Convencimiento, no teórico, que éste lo tienen todos, sino práctico, de la necesidad, obligatoriedad y conveniencia de utilizar los medios de comunicación social para difundir el mensaje evangélico y ofrecer al público información detallada sobre la vida de la Iglesia.

2.- Actitud receptiva, con la creación de un cauce permanente de comunicación, para que en cualquier momento se pueda dar respuesta a las demandas informativas que se plantean. Un portavoz con conocimientos de los asuntos y con autoridad es indispensable en cada diócesis y en las instituciones superiores, no como un cargo más, sino como otro —y no de los menos importantes— de los muchos servicios que hay instituidos.

3.- Hay que dar un paso adelante sobre la pasividad que sugiere el punto anterior. La oficina del portavoz debe mantener una relación asidua con los medios y con los redactores que cubren el área para conocer sus necesidades, manifestarles la disponibilidad y ofrecerles informaciones que puedan resultarles interesantes para sus páginas y espacios. Muchas veces no se publican más noticias porque no se les ofrecen en condiciones. Los cristianos y sus pastores se hallan trabajando en muchos campos, con grupos sociales que despiertan interés y no hay por qué ocultar esta labor, sino divulgarla cuando haga falta. Hay que actuar como profesionales, sin caer en burocracias.

4.- Es necesario practicar el juego limpio, del que se acerca a los medios sin dobleces ni subterfugios. Sin ofrecer más de lo que se pueda dar, ni menos de lo que se posee y debe estar al alcance de todos. Nunca hay que practicar el favoritismo ni las discriminaciones. Tampoco hay que engañarse, porque los informadores no son ángeles y la actualidad religiosa entra en competencia con el resto de la oferta informativa.

Es mucho lo que la Iglesia española podría hacer. Mientras tanto, nos encontramos con unas actitudes que no están en la línea de lo deseable, de lo que

cabe esperar de la fuerza que dispone y de la fe en Dios que confiesa. Si la Iglesia quiere hacerse presente ante los hombres necesita la colaboración de los profesionales, los que están en los medios y tienen en sus manos los resortes para hacer efectiva tal presencia, pero la contrapartida es que debe facilitarles su labor y ponerse a su disposición para aquello que se la necesite. En la actualidad se está muy lejos de lograr este "desideratum".

¿Será que la Iglesia católica no ha comprendido todavía el papel de los medios de comunicación social en nuestro tiempo? ¿Será que aquella falta de entendimiento que se produjo en los comienzos de la difusión masiva de los impresos, en el siglo XIX, no ha sido superada suficientemente? ¿Será que no le conviene someterse a las exigencias de la opinión pública y se siente muy cómoda al permanecer en la nube de incienso, sin aceptar que la realidad acaba aflorando, porque es más cabezona de lo que aparenta y que encerrarse en tal entelequia no hace invisibles sus actuaciones? ¿Por qué temen la difusión de éstas, pues si algunas son discutibles, la mayoría resultan bienintencionadas, ejemplares, sacrificadas, solidarias, de una entrega verdaderamente admirable? ¿Por qué ese cierre en banda para que no se vean los defectos propios de nuestra condición humana si con ello estamos tapando las virtudes que una institución de origen divino, pero de presencia voluntariosa en la historia, puede mostrar ante la faz del mundo?

4. APÉNDICE

Como complemento de lo anterior hemos solicitado que informadores religiosos de ahora y de antes, de medios confesionales y laicos, nos ofrecieran sus opiniones. Las preguntas que les hemos formulado son las siguientes:

- 1.- ¿El informador religioso se encuentra con unas dificultades concretas a la hora de realizar su trabajo?
- 2.- ¿Qué ayuda le pediría a la Iglesia para el mejor desarrollo de este tipo de tarea?

Las respuestas literales las consignamos a continuación:

* Alfonso de BLAS, director de la revista *Pueblos del Tercer Mundo*, de las Obras Misionales Pontificias en España.

1.- La principal dificultad que encuentro como informador religioso, que realiza su labor desde un medio que, además, es confesional, radica en la falta de libertad para abordar determinadas cuestiones que resultan polémicas en el seno de la Iglesia. Todo asunto que haya conllevado cierto escándalo mediático debe ser tratado, si no se quiere recibir 'un tirón de orejas', ciñéndose lo máximo posible a la postura oficial, si es que la hay, porque, ante situaciones de este tipo, la jerarquía eclesial prefiere guardar el mayor mutismo posible. Es más, cualquier crítica a la institución eclesial, a la actuación de algún obispo, aun cuando ésta haya sido realizada por otro obispo, no es bien vista. Lo mismo ocurre con las entrevistas o reportajes que se centran en personas críticas con

la labor de la Iglesia —relacionadas, por ejemplo, con la Teología de la Liberación— o con posiciones que ésta mantiene sobre temas que son objeto de debate, como pueden ser la ordenación sacerdotal de la mujer, el celibato opcional... No resulta tampoco fácil acceder a los responsables eclesiales que puedan hacer algún tipo de declaración sobre un asunto polémico. Esta dificultad es mayor si quien busca estas opiniones procede de un medio laico y crítico con la Iglesia. A la institución eclesial le falta además cintura y agilidad en clarificar sus posiciones sobre cualquier asunto porque se tiene mucho miedo a la prensa, y antes de emitir cualquier declaración, ésta ha tenido que ser consensuada.

2.- Le pediría que fuera más rápida en sus respuestas y que fuera lo más clara posible, procurando no usar un lenguaje eclesiástico que suele recurrir a abstracciones y a trascender la realidad. Debe utilizar más el lenguaje que usa la gente de la calle, el que utilizan los periódicos... Los responsables de comunicación de la Iglesia deben conocer cómo funcionan los medios de comunicación: la escasez de tiempo y espacio con la que trabajan, las cuestiones que les interesan.

* Javier FERNÁNDEZ, adjunto a la dirección editorial de la revista católica *Vida Nueva*.

1.- Como los demás periodistas en otros ámbitos, el informador religioso se encuentra también con algunas dificultades a la hora de realizar su trabajo. Una de ellas proviene del hecho de que algunos medios poderosos se muestran agresivos con la Iglesia, lo que de alguna manera repercute contra todo el conjunto de los informadores. Sin embargo, los problemas no son sólo de ahora. Muchos eclesiásticos han tenido siempre quejas de los periodistas, porque éstos —dicen— se interesan por los aspectos más superficiales de la Iglesia, esquivan lo más importante, que es la evangelización, son poco especializados, fuerzan las cosas, simplifican cuestiones complejas, tienen más interés en llamar la atención de su público que en ser fieles a la verdad, etc.

Los obispos elaboran documentos y materiales difíciles de adaptar a la comunicación masiva. Muchos de ellos no entran al “trapo” de los requerimientos de los periodistas, por lo que algunos de ellos se “buscan la vida” por su cuenta, al margen de las fuentes informativas más importantes y representativas. La Iglesia española tiene hoy algunos obispos con un buen bagaje cultural y criterios, pero normalmente no hablan de las cuestiones más candentes por evitar enfrentamientos o por conservar la unidad diocesana. Las cuestiones pastorales, de las que sí pueden estar más dispuestos a hablar, rara vez son consideradas por la prensa general como noticia. Otros representantes destacados de la Iglesia se refugian en los periodistas más “seguros”, y entienden por tales a aquellos que ponen la evangelización como objetivo primero y directo de su trabajo, en ocasiones desde la militancia en los llamados nuevos movimientos. Los teólogos, por su parte, en general tampoco quieren aparecer ante el gran público: no se animan a ser críticos porque están cansados de polémicas; tampoco quieren limitarse a repetir la doctrina oficial. Por lo tanto, escriben en las revistas

especializadas y tal vez en las de difusión intraeclesial y nada más. Es muy frecuente ver siempre los mismos nombres en la prensa. A pesar de la riqueza y variedad que existe, se da una imagen pobre. Hay mucha dedicación a la teología, pero ésta se encuentra casi ausente de los periódicos.

Añadamos que lo doctrinal está a la baja en la sociedad, lo institucional también, y que los aspectos más específicamente religiosos de la vida del hombre no son fáciles de divulgar. Así las cosas, una cuestión tan importante como la religiosa está muy mal atendida en la comunicación masiva, y es una pena. Para los informadores de los ámbitos más intraeclesiales y menos masivos, la cosa cambia un poco. Gozamos de la confianza de algunas fuentes. Pero vale también mucho de lo dicho.

2.- En el caso nuestro —el de la información hecha desde la Iglesia y dirigida a creyentes—, que sean más transparentes y abiertos. Que se fíen más. Que vayan adaptando sus mecanismos informativos a los requerimientos de la inmediatez periodística. Hay casos loables de apertura y adaptación, pero son pocos.

* Bernardino M. HERNANDO, antiguo director del semanario católica *Vida Nueva*.

1.- Dejé de hacer información religiosa en 1980 o 1982. Han pasado veinte años. ¿Son demasiados? Como la Iglesia es eterna... Y otra cosa, menos determinante: suele entenderse por 'información religiosa' la referida a la Iglesia Católica. Y cada vez menos debería ser así. Incluso en España donde la Iglesia católica tiene tanta fuerza. Dificultades del informador religioso: las mismas de cualquier informador que debe trabajar con organismos poderosos y siempre celosos de su 'intimidad'. Los poderes, y la Iglesia lo es, conciben la información como propaganda, difusión de cosas y aspectos positivos de la organización. Muy poco más. Y eso es tan pobre y negativo como concebirla en plan chulo y siempre en contra. Siempre recordaré la infantil reflexión de cierto jerarca al que yo solicitaba algún dato poco grato para la institución: *-¡Eso son nimiedades! ¿Qué significa eso ante el impresionante historial de siglos y siglos haciendo el bien?* En fin, lo dicho.

2.- Creo que toda ayuda debería ser de sentido común, entra en lo más elemental de la información y del derecho del ciudadano a la misma. Soy escéptico en lo de pedir ayudas que sin una profunda convicción democrática (¡y la Iglesia no es ni puede ser una democracia!), huelgan. Todos los poderes seguirán intentando y consiguiendo informar ellos mismos directamente a través de sus gabinetes de prensa o como los llamen en cada momento y que siempre, siempre, siempre, harán su papel de propaganda. Lo que no significa que sus datos sean siempre desdeñable.

* Manuel de UNCITI, antiguo responsable de la página religiosa del diario *Ya* y director hasta hace poco de la revista *Pueblos del Tercer Mundo*, así como colaborador sobre estas materias en numerosas publicaciones católicas.

1.- He de calificar como 'evidente' que el informador religioso se topa con

dificultades, no sólo concretas, sino también específicas a la hora de realizar su trabajo. Existe en las filas de la jerarquía —aunque no sólo en ellas— lo que podría denominarse ‘complejo de sacralidad’. Durante siglos, y aún hoy, se le ha llamado al Papa, ‘Santo Padre’; a los dicasterios de la Curia Romana se les ha calificado durante siglos y hasta el Vaticano II como ‘Sagradas Congregaciones de...’. Al conjunto de los obispos se les denomina ‘Sagrada Jerarquía’. De la Iglesia se dice que es la ‘Santa Madre Iglesia’. La lista podría prolongarse muchos párrafos. El mentado ‘complejo de sacralidad’ se hace escándalo cuando se presenta al Papa —en palabras de Santa Catalina de Siena— como ‘el dulce Cristo en la tierra’ o con mucha mayor frecuencia como el ‘Vicario de Cristo’. Hay en todo esto mucho de exceso, al menos desde el punto de vista de una teología correcta. Y, lógicamente, este exceso o este ‘complejo de sacralidad’ hace que el trabajo del informador religioso tropiece con muchas dificultades. Todo de lo que se habla o se informa es tan ‘santo’, tan ‘sacral’ que las críticas a tal o cual actuación de los rectores de la Iglesia, son interpretadas como ‘faltas de amor’ a la institución eclesial o de respeto a las autoridades puestas al frente del Pueblo de Dios. De la santidad original de la Iglesia se ha pasado —en la conciencia de los jerarcas— a la santidad de las personas y de sus actuaciones.

Hay, además, otra razón igualmente importante que dificulta el trabajo del informador religioso. Los temas sobre los que versa su información son sacros, y por añadidura, misteriosos. La consideración sobre la condición sobrenatural de las materias que constituyen la naturaleza de la Iglesia lleva a exigir que se las trate con el máximo respeto, lo que es justo, sin duda, porque son temas sobre los que no cabe trivializar demasiado. Pero, la protección de la condición misteriosa de las realidades eclesiales suele traducirse muy frecuentemente por un decidido propósito de rodearlas de secretismo, como si sólo los muy ‘iniciados’ pudieran tener acceso al conocimiento y noticia de determinadas cuestiones. Pertenece, valga por caso, a lo más sacral de una persona su libre ofrecimiento a Dios en celibato o por el voto de castidad; pero cuando ocurre que el incumplimiento de los votos o de las promesas es un hecho frecuente en una determinada comunidad eclesial, el ocultamiento de tales hechos afecta a toda la comunidad de la Iglesia universal porque ésta, tal vez, estaría en la obligación de exigir la derogación de determinadas normas y leyes por antiguas y venerandas que sean. Las autoridades, sin embargo, temen tocar, aunque no sea sino con la punta de los dedos, muchas de unas leyes que ayer fueron fructíferas, pero que hoy son ante todo fuente de conflictos. El informador religioso que insiste en la urgente necesidad de revisar normas del pasado es pronto calificado de desobediente, si es que no de díscolo y pretencioso. Que un informador se atreva hoy a pedir que el Papa Juan Pablo II dimita de su cargo y acto seguido se le dirá si él se cree más santo y más sabio que el Papa...

Los informadores religiosos que por sí o ante sí o como espontáneos portavoces de las comunidades cristianas solicitan cambios fuertes en la Iglesia no suelen ser vistos con demasiada benevolencia por parte de la jerarquía y aun por parte de muchísimos sacerdotes y religiosos. Y cuando el informador se hace

consciente de ser visto como un bicho raro o un bicho peligroso, fácilmente se impone a sí mismo la autocensura. Sólo los informadores muy libres de espíritu logran sobreponerse al clima que les ahoga y que, de no hacerlo, acabaría matando su libertad de expresión. Esta castración psicológica es, por desgracia, muy frecuente.

2.- A las autoridades de la Iglesia hay que pedirles que tengan la sencillez de encajar las críticas y las discrepancias. A la Iglesia, en cuanto Pueblo de Dios, que ejercite su derecho –y su obligación- de participar en la gestión de los asuntos que atañen a todos los cristianos. Las autoridades jerárquicas han de librarse del complejo de sacralidad y aceptar el hecho de que, al ser personalidades con funciones públicas, están sometidas al juicio de la opinión del pueblo. Su disponibilidad de espíritu al respecto ha de ser la misma que se exige de ordinario a las autoridades civiles y que la propia jerarquía eclesiástica suele exigir de los poderes públicos. Parece más que probado que los informadores religiosos tratan a las autoridades de la Iglesia con mucho mayor guante de seda que el que usan los informadores políticos en el campo que les es propio. Y, sin embargo, la reacción de las autoridades eclesiásticas suele ser bastante más negativa –y hasta airada- que la que suele producirse entre los políticos. La epidermis episcopal o pontificia es mucho más sensible. Y no debería ser así en razón de elementales principios evangélicos.

Hay que pedirles igualmente que pongan fin al tradicional secretismo y que asuman la enseñanza de Jesús de responder ‘sí, sí’, ‘no, no’. El antiguo principio, tan sabio, de que por todos ha de ser tratado lo que a todos atañe, ha de ocupar una primera línea de la actuación de la gobernación de la Iglesia. En tanto esto no ocurra con absoluta normalidad, toda esa tan cacareada invocación a la participación consciente y responsable de los laicos cristianos en la marcha de ‘su’ Iglesia, no pasará de ser un discurso de circunstancias. El hecho de que la jerarquía eclesiástica se asigne justamente el papel de garantizar la ortodoxia, no puede derivar en el olvido de que el Espíritu de Dios también asiste a la comunidad de los creyentes y de que éstos, al expresar mayoritariamente sus puntos de vista –particularmente en materias morales-, están manifestando el ‘sensus fidei’ que la propia jerarquía dice reconocerles.

Es más que evidente la existencia de un foso, por el momento insalvable, entre el juicio de la jerarquía y el sentir sano y limpio de amplísimos sectores del Pueblo de Dios en muchas materias que afectan a la moral sexual y a la llamada ética civil. Temas como el de las llamadas ‘parejas de hecho’, como el del derecho al divorcio y nuevo casamiento, el del control artificial de la natalidad, el del sacerdocio de la mujer, el del celibato opcional, el de la admisión de los divorciados recasados a la Eucaristía, etc., necesitan de un diálogo abierto y sostenido entre todos los seguidores de Jesús, laicos y clérigos, pueblo y autoridades. Al informador religioso se le ha de reconocer amplia cancha para recoger todo el sentir el pueblo a este respecto. ¿Es pedir demasiado a la autoridad de la Iglesia o es, por el contrario, la manifestación de una ayuda o servicio que el informador religioso puede llevar a cabo probablemente mejor que ningún otro?

* Miguel Angel VELASCO, antiguo responsable de la página religiosa del diario *Ya* y en la actualidad director de la publicación católica *Alfa y Omega*, que se reparte conjuntamente con el diario *Abc*.

1.- Ante todo, déjame decir una palabra sobre información religiosa. Después de dedicar muchos años de mi vida profesional a ella, no puedo compartir en modo alguno lo que comúnmente se entiende, a mi modo de ver mal –y no es este el momento de entrar en las causas-, por información religiosa. Si alguien cree que información religiosa es el chismorreos sobre qué obispo va a salir para tal diócesis o tal otra, pues eso de información tiene poco. Yo entiendo por información religiosa absolutamente toda información, porque todo, absolutamente todo, tiene que ver con la fe. Me parece un gravísimo error, por desgracia muy difundido, pensar que la vida va por un lado y la fe va por otro. Esa esquizofrenia tiene consecuencias letales. Información religiosa es informar de cualquier aspecto de la vida, desde los toros a la ópera, y desde los políticos a la economía, hasta la televisión y el cine, con ojos cristianos y desde la fe que uno dice profesar.

Dejando esto bien claro, mi respuesta concreta a la primera pregunta es que, evidentemente, el informador religioso se encuentra con no pocas dificultades concretas a la hora de realizar su trabajo: la primera de ellas y la más importante es la que se deriva de ese equivocado concepto que existe en los medios, y fuera de los medios, sobre lo que es información religiosa. Luego hay otras muchas dificultades, de menor cuantía, superables si se quiere: el adecuado espacio y selección de noticias en el medio, la oportunidad con que se informa o se silencia una información religiosa. La no demasiado adecuada estrategia de comunicación existente en algunos organismos responsables de facilitar dicha información...; y, por último, una dificultad también en el usuario de los medios. No sé por qué extraño misterio aquí todo el mundo sabe de religión, o cree saber, o cree que tiene derecho a meterse en ese terreno. Les ocurre a los más sensatos y responsables, que en modo alguno se atreverían a opinar en el ámbito de la arquitectura, o de la medicina, de lo que no saben.

2.- Creo que la mejor ayuda que la Iglesia puede prestar al correcto desarrollo de este tipo de tarea es una conciencia clara y previa de la imposibilidad de evangelizar en el mundo actual sin medios de comunicación; supuesto eso, creo que la regla de oro es que se deje hacer información religiosa a los profesionales de la información. A nadie se le ocurre dejar las intervenciones quirúrgicas o la construcción de puentes a los que no son profesionales de eso. ¿Por qué aquí tiene que ocurrir de otro modo? La Iglesia –y no me parece ocioso recordar que Iglesia somos todos, no sólo los obispos- tiene pendiente la asignatura Medios de Comunicación Social. Y si la quiere aprobar tiene que estudiar mucho. Es mucho lo que se juega. Nada menos que su futuro.

* José Manuel VIDAL, redactor de temas religiosos en el diario *El Mundo* (Madrid).

1.- Fundamentalmente con dos 'frentes' de dificultades. El primero, por parte del medio en el que uno escribe, porque la información es espectáculo y la información religiosa, de suyo seria y a menudo trascendente, encaja mal en la categoría de la espectacularidad. Además, la Iglesia en España ha perdido relevancia social y los medios entienden que lo que dice no interesa a sus lectores. En definitiva, hay una especie de 'muro de cristal' en los medios respecto a la información religiosa que es muy difícil de romper. ¿Dificultades concretas? La lucha por el espacio muy limitado, el prurito de falso progresismo de la mayoría de los redactores-jefes, la prisa, el tener que resumir en quince líneas documentos de cincuenta o cien páginas, la búsqueda del titular por encima de todo... El otro frente es el de la propia Iglesia, que no sabe, no puede o no quiere 'vender' su propia información. Cada vez estoy más convencido de que no quiere, porque saber, sí sabe. ¿Dificultades concretas? Los dos máximos representantes de la cúpula eclesial (Rouco y Asenjo que, como sabemos, teológicamente no son los 'jefes' de los obispos, pero sí lo son para los medios y para la opinión pública) no se ponen nunca al teléfono; más aún, se llevan fatal con los periodistas que les servimos de correa de transmisión, descalifican continuamente a los profesionales y a sus medios, no mantienen una relación cordial con casi ningún profesional de la información religiosa (de los grandes medios) y, mucho menos, con los directores de los grandes periódicos, jamás me facilitan mi labor profesional, se quejan por un adjetivo o un titular, pero nunca dan las gracias...

2.- Le pediría que, si decide utilizar los medios de comunicación para seguir haciendo presente el mensaje de Jesús en el mundo de hoy, lo traduzca a las categorías de hoy y lo haga asequible. Que conozca y asuma la dinámica de los medios, sin por eso tener que bendecirla. Que trate a los profesionales de la información religiosa como lo que son: profesionales. Que no nos considere enemigos, porque no lo somos (yo también soy Iglesia y me considero Iglesia y formo parte de un movimiento de Iglesia) y que facilite nuestro trabajo, ya de por sí arduo, de hacer relevante a una institución que pierde relevancia social a marchas forzadas.

* Han optado por no manifestar públicamente su opinión Jesús Bastante, redactor religioso del diario *Abc*; José A. Carro Celada, director del semanario *Ecclesia*; Rosario Marín, directora de la revista *Vida Nueva* y Alex del Rosal, redactor religioso del diario *La Razón*.

NOTAS

¹ Con el cambio de siglo, "también la Iglesia se da cuenta de que ya no bastan sus tradicionales medios de propaganda y adoctrinamiento, de que necesita una buena prensa que oponer a la mala prensa, si no quiere perder la batalla en los nuevos tiempos. Acostumbrada durante siglos a una posición privilegiada, hegemónica, para transmitir su mensaje, había dejado ese terreno al enemigo. El 'veneno' del liberalismo, que había socavado los cimientos de su

predominio secular, se había difundido fundamentalmente a través de la prensa, y la Iglesia había hecho poco más que lanzar inútiles anatemas contra aquel elemento 'de perdición'" (María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz: *Historia del periodismo en España 3. El siglo XX: 1898-1936*. Madrid, Alianza Editorial, 1996, p. 33). Monseñor Antonio Montero ha explicado que "se entiende, aunque no se justifique hoy, la nomenclatura de 'libertades de perdición' con que los sentimientos heridos y el ardor polémico, incluso en ambientes de Iglesia, las llegó a denominar [a las libertades de expresión, de creación, de cátedra] en otros tiempos". A su juicio, "no es esa, ni puede ser, la óptica del Concilio Vaticano II ni de la Iglesia de nuestro tiempo. Los cristianos y los católicos damos por descontado que la libertad de expresión es una conquista irreversible de la historia humana. Los medios de masas prestan un servicio incommensurable a la información, a la educación y a la cultura" (*La moral informativa en los Estados democráticos*. Madrid, PPC, 1985, p. 12).

- ² "Los primeros intentos de acercamiento de la Iglesia a la prensa": comunicación al III Congreso Católicos y Vida Pública, organizado por la Fundación universitaria San Pablo-CEU y celebrado en Madrid los días 26, 27 y 28 de octubre de 2001 (inédita).
- ³ Un artículo de Olegario González de Cardedal en el diario *Ya* ponía el dedo en la llaga sobre la intervención sesgada de los periódicos respecto a la información religiosa o la orientación de la imagen que ofrecen de la Iglesia (por entonces había dejado de publicar en *El País* y había recalado en el diario de la Editorial Católica). Puede verse en Eduardo T. Gil de Muro, "La prensa periódica, instrumento de encuentro entre la fe y la cultura", en la obra colectiva *Comunicaciones, fe y cultura*. Madrid, Ediciones Paulinas, 1984, pp. 193-210.
De un debate publicado en *El País* el 17 de marzo de 2002, entre los teólogos José Luis Moreno y Juan José Tamayo, entresacamos este fragmento:
- "EL PAÍS. El cura de Valverde del Camino, el sacerdote de Salamanca que se enamora de una mujer peruana por Internet, los 71 sacerdotes de Girona que piden el celibato opcional... ¿Son todos estos hechos sintomáticos de algo?
- MORENO. Lo que es sintomático es que estos casos anecdóticos se pongan en primer plano de los periódicos. Porque eso indica que se está promoviendo el morbo. La sociedad lo recibe y compra periódicos. Por tanto, para nosotros es un síntoma de que la sociedad sigue un proceso de descristianización" (p. 33).
- ⁴ En el artículo "La imagen mediática de la Iglesia", publicado por *Cooperador Paulino* nº 112. Madrid, enero-febrero de 2002, p. 13.
- ⁵ En *Ética y medios de comunicación*. Madrid, BAC, 1994, p. 310. A su juicio, "cuando la información versa exclusivamente sobre asuntos de la Iglesia y de la vida cristiana, los periodistas deberían poseer una preparación teológica adecuada y un conocimiento del manejo de los *media* competente" (Ibídem).
- ⁶ *La información religiosa en sus vertientes teológica y periodística*. Madrid, Escuela de Periodismo de la Iglesia, 1969, p. 17.
- ⁷ Jesús Iribarren: *Luz y taquígrafos también en la Iglesia*. Madrid, PPC, 1970, p. 18.
- ⁸ José Luis Martín Descalzo: "Información y opinión pública en la Iglesia", en la obra colectiva *Los medios de comunicación de masas ante la moral*. Madrid, Centro de Estudios Sociales del valle de los Caídos, 1970, p. 166.
- ⁹ En Manuel María Bru (coord.): *Periodistas de primera, cristianos de verdad*. Madrid, Ciudad Nueva, 2002, p. 63.
- ¹⁰ Monseñor Montero afirmaba en una conferencia pronunciada en el Club Siglo XXI que "el profesional necesita del libre acceso a las fuentes de la información, cuyos depositarios están, por su parte, obligados a facilitaráselas, como signo de una sociedad democrática: lo mismo el Estado, que la sociedad, que la misma Iglesia" (op. cit, 1985, p. 19).
- ¹¹ A pesar de que el fenómeno religioso no tiene actualmente en nuestro país el mismo peso que en el pasado reciente, todavía interesa a un número elevado de ciudadanos españoles. Algo de ello se aprecia en el artículo de Fernando Martínez Vallvey, "El interés por los temas religiosos en la prensa española" (*Estudios de Periodística IV*. Vigo, Universidad, 1996, pp. 125-143).
- ¹² La redacción de lo dicho en una rueda de prensa del cardenal, aparecida en un diario, no deja

de ser escéptica: "Aunque prometió atender más a los medios de comunicación y, como 'propósito de enmienda', es probable que incluso conceda algunas entrevistas, dijo no estar seguro de tener 'contrición de corazón'. No cambiará" (Juan G. Bedoya: "Antonio María Rouco. El cardenal que prefiere ejercer de obispo", en el diario *El País*, 27 de febrero de 2002, p. 35). Sin embargo, el cardenal ha escrito en innumerables ocasiones sobre el papel de los medios y las responsabilidades que incumben a los profesionales, lo que denota una honda preocupación por estos temas.

¹³ Cualquiera de los periodistas con experiencia en este campo puede contar muchos detalles de cómo se han desarrollado sus relaciones con obispos e instituciones eclesiales. Son ilustradores a este respecto los artículos de Bernardino M. Hernando, "Memorias parciales de una transición" (*XX Siglos* n° 50. Madrid, 2001/4, pp. 92-103) y Pedro Miguel Lamet, "El riesgo de informar sobre la Iglesia" (*Diario 16*, 12 de agosto de 1991, p. 10).

¹⁴ En *Últimas noticias sobre el periodismo*. Barcelona, Anagrama, 1997.

¹⁵ Al comentar estas ideas, Colombo afirma que "en este modo de trabajar, la noticia religiosa no adquiere nunca la dimensión y la dignidad plena y visible de las demás noticias. Sigue siendo una noticia en silla de ruedas empujada sobre una alfombra roja y cubierta con un ramo de flores. Sigue siendo un material infravalorado y supercelebrado. Donde la celebración no representa espíritu religioso sino compensación por no haber afrontado la noticia en todo su alcance. Basta pensar que no se sabe nada [...] de la evolución de la cultura religiosa entre esos mismos ciudadanos cuyos comportamientos en las modas y en los consumos son objeto constantemente de investigación y advertencia" (p. 118). No creemos que existan prejuicios contra los informadores que no son creyentes. Sobre este punto, Antonio Montero decía: "Admito, naturalmente, que puedan informar con corrección sobre la Iglesia hombres de escasos desvelos religiosos e incluso faltos de fe. A estos sólo habría que pedirles el respeto que merece la materia que tratan y, en todo caso, que se atengan, como en cualquier otro trabajo, a una cuidada deontología informativa". Sin embargo, un poco antes su consejo era éste: "Yo les diría a los periodistas seculares que sólo escogieran ese camino cuando sintiesen fundidas dentro de sí la vocación cristiana como la periodística" (1969, p. 30).

¹⁶ Véanse, por ejemplo, los mensajes de Pío XII y Pablo VI contenidos en la obra de Jesús Iribarren, *El derecho a la verdad. Doctrina de la Iglesia sobre prensa, radio y televisión (1831-1868)*. Madrid, BAC, 1968, pp. 125-132 y 458-467. Es un buen resumen sobre el problema el que ofrece José Luis Martín Descalzo en su trabajo "Información y opinión pública en la Iglesia" (ut supra). También en Jordi Piquer, *La opinión pública en la Iglesia*, Barcelona, Estela, 1965 y Jacques Leclercq, *La liberté d'opinion et les catholiques*, París, Du Cerf, 1963.

¹⁷ "El futuro de la evangelización en los medios de comunicación social", en la obra colectiva *VI e VII encuentros de universitarios católicos europeos*. Santiago de Compostela, Delegación de Pastoral Universitaria, 1998, p. 132.

¹⁸ Mons. Cirarda habló sobre "Prioridades de la Iglesia española en las comunicaciones sociales" en la XXIX Asamblea de la Conferencia Episcopal Española (19-24 de junio de 1978) y allí afirmaba que "nuestra responsabilidad pastoral ante los MCS es grave y apremiante. Debemos estar presentes en ellos, porque están configurando el hombre nuevo y la nueva sociedad y les están enseñando un lenguaje nuevo que hemos de conocer para poder cumplir nuestra misión evangelizadora" (texto ciclostilado). Véase también el punto 126 de la instrucción pastoral *Comunión y progreso* y, con todas sus imperfecciones, el decreto conciliar *Inter mirifica*. Ese aprovechamiento también implica el acometer de forma decidida y sistemática la preparación de quienes deseen dedicarse a la información religiosa. Alguna de las Universidades católicas debería asumir esta responsabilidad en lo que constituye un auténtico servicio a la prensa y a la Iglesia.

¹⁹ "¿Qué Iglesia? ¿Qué cultura? ¿Qué comunicación?" en la obra colectiva *Cristianismo y Europa ante el Tercer Milenio*. Salamanca, Universidad Pontificia, 1998, p. 319.

²⁰ En Manuel María Bru, pp. 64-69.